

Elecciones 2020 | **Análisis**

Adivina, adivinador: las elecciones en Estados Unidos

Pablo A. Pozzi

En escasos dos meses tendremos elecciones presidenciales en Estados Unidos. El 3 de noviembre irán a las urnas los 153 millones de votantes empadronados, o sea 76% del total de posibles votantes. Hace 30 días, según los diversos analistas, todos pronosticaban que debería ganar el candidato demócrata Joe Biden por una diferencia abrumadora. En ese momento, según RealClearPolitics.com, que realiza un promedio de las encuestas nacionales, la diferencia en intención de voto daba 50% a 41%, 9 puntos a favor de Biden. Asimismo, la proyección de votos en el Colegio Electoral lo daba como triunfador 352 a 186.

A principios de septiembre la situación ya no era la misma. El promedio de encuestas de RealClearPolitics daba solo 6,2% a favor de Biden, y 2,7% en los estados "battleground", o sea aquellos considerados competitivos y necesarios para ganar. Peor aún, las

encuestas daban que los Republicanos retenían el Senado, podían ganar la Cámara de Diputados, y si bien Biden tenía asegurados 212 electores contra 115 de Trump, había 211 en disputa sobre todo en estados que podían ser ganados por los republicanos. En principio, entonces, a pesar de que Biden empezó con mucha ventaja, viene lentamente deslizándose hacia abajo.

Al mismo tiempo, las encuestas son una mera foto del momento, y como toda foto pueden ser engañosas. Al fin de cuentas, en 2016 Hillary Clinton le llevaba casi 7 puntos de ventaja a Trump, y perdió la elección en el Colegio Electoral. Por lo tanto, ¿ganará Trump o Biden? Hace cuatro años este historiador pensaba que ganaría Hilary en electores, y Trump en el voto popular, y fue exactamente al revés. Esta vez, los datos disponibles dicen que debería ganar Biden, pero la realidad siempre es más complicada y depende de diversos factores.

La cuestión electoral: economía

Empecemos por la cuestión electoral. Más allá de que Trump tiene una cantidad importante de detractores, y una gran cantidad de devotos, la elección parece decidirse en torno a tres temas centrales: la economía, la pandemia, y el racismo. Esto debería ser simple, ya que Trump ha sido un desastre en los tres aspectos. Sin embargo, esto no es tan así.

Primero de todo, la economía y su influencia electoral no es tanto una cuestión de datos y estadísticas duras sino de percepciones. Muchos norteamericanos sienten que la economía va camino a mejorar en un futuro no muy lejano, y creen que la política agresiva frente a China, México y la Unión Europea está rindiendo sus frutos en cuanto a creación de empleos y mejoras salariales. ¿Es esto real? La verdad es que no, pero Trump insiste que sí, y una cantidad importante de votantes, incluyendo muchos demócratas le creen.

Parte de esto se debe a la cantidad de medidas de ayuda al ciudadano medio que ha aprobado Trump. Por ejemplo, a fines de julio, emitió un decreto presidencial por el cual suspendió los impuestos sobre los salarios y extendió subsidios a desempleados. Los críticos que señalaron que estas medidas no solo incrementaban el déficit del presupuesto, sino que eran ilegales, reforzaron la impresión de que Trump se estaba preocupando “por el ciudadano común”, a diferencia de la presidencia de Obama cuando el votante medio que no recibió ningún tipo de salvataje durante los años posteriores a la Crisis de 2008.

Asimismo, más allá de generalidades, Biden da la impresión de querer regresar a las políticas de la era Obama. Esto es bueno para ciertos sectores de Wall Street, sobre todo los bancos y las empresas del complejo militar industrial dedicadas a la alta

tecnología (por ejemplo, drones), pero no para trabajadores y pequeños comerciantes que quebraron en cantidades históricas. Pensar que la presidencia de Barack Obama fue un éxito para el norteamericano medio es dejar de lado que fue esa gestión la que produjo el fenómeno de Donald Trump. Es muy posible que una cantidad importante de votantes, teniendo que elegir entre las medidas económicas nacionalistas de Trump y la vuelta a la economía clintoniana de Obama, prefieran al primero o si no a quedarse en casa el día de la elección.

La cuestión electoral: pandemia

Al mismo tiempo, la pandemia ha afectado seriamente la economía y el empleo, pero no de igual manera en todos los estados. Por un lado, la vasta mayoría de los 42 millones de personas que perdieron sus trabajos en los últimos meses, son principalmente hispanos y afroamericanos. No sólo estos nunca fueron votantes trumpistas, sino que también tienen un alto índice de abstención electoral o de no estar empadronados. A eso agreguemos que los principales estados afectados por la pandemia han sido Florida, Nueva York, California y Michigan. Los últimos tres son baluartes demócratas, si bien Michigan votó a Trump en 2016 y hoy en día está en disputa. El alto nivel de desempleo puede generar anomia y un mayor

índice de abstención, y no un voto protesta.

El tema de la pandemia es central en estas elecciones. Durante los meses de marzo a junio los analistas políticos debatían si Trump iba a postergar las elecciones debido a la pandemia. En realidad, el debate fue más un esfuerzo por instalar el miedo en la población de un posible golpe de estado trumpista que una realidad. La fecha electoral depende del Congreso y no de la Presidencia, y su realización y características residen en los gobiernos estatales. Esto último incluye quién puede votar (por ejemplo, en Florida si has sido detenido tres veces pierdes ese derecho, mientras que en Nueva York no), cuándo empiezan y terminan las elecciones, quién las supervisa, y cuántas mesas electorales hay y dónde se ubican. Lógicamente, cada gobernador tiende a favorecer a su partido.

A fines de agosto la cantidad de contagiados en Estados Unidos era 6.118.204 personas con un poco más de 186 mil muertes. Del total, una cantidad muy importante se concentraban en las costas, históricamente tendientes a votar demócrata. Los votantes en estas zonas ¿irán a votar o tendrán miedo al posible contagio? Luego, 32 de los 50 estados de la Unión aplicaron algún tipo de cuarentena, si bien en la mayoría de los casos esta fue flexible. En realidad, si bien el presidente puede

recomendar una medida, la realidad es que la decisión es de los gobernadores. De hecho, Nueva York y California tuvieron una cuarentena parcial hasta junio, y solo Washington DC (que Trump si controla) tuvo una cuarentena estricta. Esto significó que hubo movilizaciones en contra de las cuarentenas (lockdowns) y los gobernadores en estados como Michigan y Florida, y no contra el gobierno nacional.

Por otra parte, la tasa de contagios durante el mes de agosto parece estar en baja, aunque va en aumento en varios estados trumpistas, y no se sabe si habrá una “segunda ola”. En principio, la pandemia parece haber afectado a Trump más en ciertos sectores que en otros, y su insistencia de que “vamos ganando” ha hecho mella en votantes sobre todo del centro y sur norteamericano, igual que ha generado rechazo en California y Nueva York. Otra vez, lo más importante es, si continúa la pandemia con altos niveles de contagio en una nación donde el voto no es obligatorio, ¿irán los ciudadanos a votar? En esto Trump tiene cierta ventaja: su base electoral es más militante y ha sido menos propensa a aceptar las restricciones de la pandemia. O sea, en un contexto de una alta tasa de contagios, es más probable que vayan a votar los trumpistas que los que prefieren a Biden.

En lo anterior es importante el tema de las “minorías”, o sea afroamericanos,

hispanos, trabajadores y mujeres jóvenes. El problema es que estos son los votantes que, históricamente, han tendido hacia los demócratas. La tendencia histórica ha sido que estos sectores tienen un alto grado de abstención electoral. Por ejemplo, si bien los hispanos son cerca del 13% de la población, solo un 60% está empadronado y de ese total vota un poco más de la mitad, excepto en estados como Florida donde la participación de cubanos emigrados es alta. En el caso de los afroamericanos, que representan un 10% de la población, su participación es mayor que la de los hispanos, pero no demasiado. Lo mismo en el caso de obreros: su participación electoral aumenta de forma importante si son sindicalizados, pero estos representan un 8% del total; en cuanto a los no sindicalizados la mayoría tienden a votar a Trump.

La cuestión electoral: racismo

Uno de los temas que va a impactar sobre la elección es el asesinato de George Floyd, y las masivas movilizaciones antiracistas y antipoliciales en cerca de 200 ciudades norteamericanas. En apariencia, esto debería favorecer a los demócratas. El problema ahí es múltiple. Por un lado, Trump continúa explotando el miedo sobre todo en sectores medios suburbanos. Su oferta de enviar a la Guardia Nacional para mantener el

orden apunta a eso, si bien es algo ilusorio. La Guardia Nacional depende de los gobernadores estatales y el presidente, legalmente, puede solo sugerirla y no ordenar su movilización. Al mismo tiempo, esto le ha generado bastante apoyo sobre todo en sectores medios y medios bajos. Muy representativo de su manejo propagandístico ha sido su despliegue de las fuerzas que mantienen el “orden”, y enviar “tropas federales” a Portland, Oregón, En realidad, no envió fuerzas armadas, sino cien agentes federales del servicio US Marshalls. Lo suficiente como para parecer “fuerte” pero no para causarle problemas con los altos mandos como si hubiera enviado a un batallón de paracaidistas, como han hecho otros presidentes antes que él.

Por otro lado, con algunas excepciones, los demócratas se encuentran en una trampa donde les cuesta saber si se deben alinear con sus votantes suburbanos o con los afroamericanos. Algunos, como Alejandra Ocasio Cortez, han apoyado a las movilizaciones, pero la mayoría de los demócratas han tendido a alinearse en contra de las movilizaciones, reclamando la paz y el orden. En esto la selección de Kamala Harris, una senadora por California con un pasado de fiscal excepcionalmente dura en la aplicación de penas, sobre todo a los afroamericanos, parecería ser una forma de reforzar la imagen de “ley y orden” de Biden.

Todo esto ¿logrará o no mayor participación electoral de afroamericanos, hispanos y jóvenes manifestantes? Los demócratas cuentan que, más allá de su tibia postura contra el racismo, la revulsión por la figura de Trump movilice a los votantes a favor de Biden, sin enajenar a los sectores medios que se preocupan de ver grandes masas de “gente de color” en las calles criticando a la policía.

Los republicanos vienen cayendo entre los votantes afroamericanos desde 1956, cuando recibieron 39% de su voto, hasta 2008 cuando John McCain recibió solo 4%. En comparación Trump mejoró su performance con 6% del voto afroamericano, igual que entre los hispanos cuando aumentó su porcentaje de 27 a 28%. Lo más preocupante para los demócratas fue una encuesta de CNN a mediados de junio que le otorgó a Trump una aprobación de la “gente de color” de 27%, y 37% en los estados que definirán la elección (battleground states). Peor aún, poco más tarde una encuesta de la UCLA reveló que los jóvenes afroamericanos tenían una opinión de Trump bastante más favorable que sus padres.

Para diversos analistas la selección de Kamala Harris como candidata a vicepresidente demócrata apunta a revertir y fortalecer el voto “de color” y de mujeres. Esto es, por lo menos, discutible. Harris salió cuarta en las primarias de California, detrás de

Biden, Sanders y Warren. Es más, una encuesta de la Quinnipiac University reveló que, si bien Biden atraía 44% del voto demócrata “de color”, Harris sólo era atractiva para el 6% de esos votantes. Más aun, Biden es conocido por apoyar cuanto ley salió del Senado que endurecía las penas carcelarias. Pero Harris pasó a la historia de California por ser la fiscal general que “más hizo por apoyar el sistema carcelario de masas”, como señaló el Black Agenda Report. Peor aún, Harris protagonizó 1900 condenas por uso de marihuana cuando fue fiscal de la ciudad de San Francisco. Como bien señaló la prensa afroamericana todo esto afectó en forma desproporcionada a la “gente de color”.

Los candidatos

A todo lo anterior, los demócratas deben sumarle el problema de su candidato. Joseph Biden es un hombre de confianza del establishment, que fue vicepresidente de Obama, y se lo vincula con Hillary Clinton. Al mismo tiempo, tiene una relación histórica con el complejo militar industrial y Wall Street. Por último, ha sido salpicado por una cantidad de negocios “poco éticos” por parte de su hijo, incluyendo el famoso caso de Ucrania donde Trump, aparentemente, instó al presidente ucraniano a acelerar la investigación del joven Biden a cambio de enviar armas. Dicho de otra manera, las encuestas revelan que Joseph Biden

genera poco entusiasmo en la base demócrata. De hecho, uno de sus problemas (al igual que lo fue de Hillary Clinton en 2016) es que muchos de los votantes de Bernie Sanders en las primarias partidarias piensan abstenerse de las elecciones nacionales.

Los demócratas tienen un problema mayor en el candidato por su edad. Hace ya varios años que Biden da la impresión de desvariar en sus apariciones en público: se equivoca al mencionar el lugar dónde está, comete errores en lo que dice, expresa frases sin sentido, dice tonterías. Sus estrategias lidian con esto minimizando sus apariciones en público. Digamos, reeditan la estrategia del primer profesional de la política, Mark Hanna, cuando decidió que su candidato William McKinley no haría apariciones en público ya que era un pésimo orador (y encima carente de ideas). McKinley ganó la presidencia en 1896 gracias a Hanna.

Pero aquí hay un problema: la ley electoral impone tres debates en televisión nacional a los candidatos presidenciales y otro tanto a los vicepresidenciales. La idea del “dormilón” (como le dice Trump) Biden debatiendo con el combativo y farandulero presidente es algo que les da pesadillas a los estrategas demócratas. Mientras tanto hacen ingentes esfuerzos por modificar la imagen pública de Joe, por ejemplo, han largado una cantidad de artículos

en la prensa explicando que “Biden se ha movido a la izquierda” todo para tratar de atraer esos elusivos votantes de Sanders.

Al mismo tiempo, la selección del candidato a vicepresidente recayó en la senadora Kamala Harris, cuya principal ventaja es que, además de ser “centrista” y de haber abandonado a Sanders en el momento justo, es mujer y “de color” (o sea no “blanca”), y también proviene del círculo de los Clinton. Esto es importante para los grupos de poder detrás de Biden, y preocupante para demócratas y republicanos. Una encuesta reveló que casi 70% de los votantes (de ambos partidos) piensan que es muy probable que Biden no llegue a completar su mandato, ya sea por defunción (tiene 78 años ahora) o por incapacidad ya que da muestras de demencia senil. Eso significaría que Harris llegaría a la presidencia de la nación. O sea, la candidata que no pudo ganar ni una primaria se quedaría con el premio mayor de la Casa Blanca. Aun peor para los votantes demócratas, dos de los aportantes a las campañas electorales de Harris en 2011 y 2014 fueron Donald e Ivanka Trump. Asimismo, el secretario del Tesoro de Trump, Steve Mnuchin, y el productor de cine Harvey Weinstein también fueron aportantes a las campañas de Harris. Esto no es inusual, ya que los grandes millonarios tienden a aportar a las campañas de candidatos para “ganar acceso”. Lo que hace es revelar que Harris dista mucho de ser un adalid progresista que sea

útil para atraer a los votantes de Sanders. ¿Entonces por qué Biden y Harris? ¿Quieren perder de nuevo ante un candidato que debería ser relativamente fácil de derrotar? La realidad es que si bien algunos analistas consideran que Trump va camino a una derrota, los grandes grupos económicos prefieren que gane si la alternativa es un presidente que sea menos maleable a sus intereses. En este sentido, populistas con veleidades socialdemócratas, como Bernie Sanders o Elizabeth Warren, no son aceptables. En cambio, el dúo Biden-Harris tienen una larga y demostrada trayectoria de ser fieles a los intereses que representan las coaliciones que estaban detrás de presidentes como Bill Clinton y Barack Obama.

Republicanos contra demócratas

Ahora, no queda la menor duda, en ambos partidos los candidatos revelan un corrimiento de la política norteamericana cada vez más a la derecha. Tanto Trump como Biden son bien conocidos. Es más, si Trump tiene una larga trayectoria como hostigador sexual y misógino, Biden no le va a la zaga ya que han sido numerosas las denuncias al respecto (basta verlo en Youtube cerca de diversas candidatas o esposas de candidatos). Pero el principal problema es que, al igual que en muchos otros países, el sistema de partidos políticos parece estar en crisis en Estados Unidos. Dicho de otra

manera, esta no es una elección entre republicanos y demócratas, sino que lo es entre distintos sectores de los repúblicratos.

Por ejemplo, Trump ha recibido el apoyo de un sector de influyentes afroamericanos, que tradicionalmente hubieran sido demócratas, como el diputado Vernon Jones (“el partido demócrata no quiere que los negros abandonemos la plantación mental”). También la del presidente de la Coalición Evangélica Nacional de Latinos, y docenas de políticos demócratas locales sobre todo del sur y del medio oeste. Según la revista Newsweek, 10% de los políticos demócratas apoyan a Trump, por ejemplo Jeff Van Drew (diputado por New Jersey) y el activista gay Brandon Straka fundador de WalkAway, la campaña para organizar a demócratas desencantados con el partido.

Por su parte Biden no se queda atrás. Personajes como Colin Powell, Susan Rice, el ex gobernador republicano de Ohio John Kasich y el historiador oficial de George W. Bush, John Meacham han declarado su apoyo. El primero de julio de 2020 la Agencia Reuters informó que se había conformado una nueva organización política denominada “Los Alumnos del 43 por Biden”. El número hace referencia al 43er presidente de Estados Unidos, George W. Bush. Su gobierno fue el que desarrolló la doctrina de la “guerra preventiva” que fue la que sustentó diversas invasiones

como la de Irak y la de Afganistán. Según Reuters, la organización reúne en su seno a cientos de funcionarios del gobierno de Bush (sus “alumnos”), e incluye a ministros, jefes de gabinete, asesores, y buena parte de los funcionarios que diseñaron y llevaron adelante la política exterior de Bush. Esto es importante: estos “alumnos” no se oponen a Trump por su racismo y misoginia, sino porque no ha continuado en todos sus aspectos la política exterior diseñada desde el gobierno de Ronald Reagan en adelante. Es indudable que estos funcionarios piensan que Biden es más confiable por su larga trayectoria de apoyar aventuras belicistas. O por lo menos que es más fácil de manipular (¿influenciar?) que Trump y su banda de nacionalistas denominados “America First” (Primero Estados Unidos). En realidad, esta no es una elección donde compiten demócratas contra republicanos. El 3 de noviembre se enfrentarán un sector imperialista y belicista de la burguesía norteamericana, contra otro nacionalista y también belicista. Y ambos sectores existen en los dos partidos políticos mayoritarios.

Cómo será la elección y a quién favorece

¿Y entonces? Los demócratas están planteando la posibilidad de modificar las leyes electorales para facilitar el voto por correo (“absentee ballot”). De

hecho, las senadoras demócratas Kamala Harris (California) y Amy Klobuchar (Minnesota) ya presentaron una propuesta de ley nacional al respecto. Según ellas, esto posibilitaría la participación en tiempos de pandemia, y de paso anularía la ventaja trumpista.

Treinta y cuatro estados de la Unión ya permiten el voto por correo, siempre y cuando estén sellados antes del día de la elección. Pero en cinco estados clave (“battleground”) estos votos deben estar en manos de los funcionarios electorales antes del comienzo de la elección. Así votos enviados y sellados con antelación, pero que son entregados por el Correo Nacional el mismo día de la elección no podrán ser contados. Un solo día de demora en 5% de esos votos, podría modificar el resultado final. En 2016 medio millón de votos por correo (absentee ballots) no fueron contados.

Pero el voto por correo genera numerosos problemas. El primero es que faltan menos de sesenta días para las elecciones y hay que instruir a la población en cómo hacerlo. En particular porque el votante tiene que solicitar la papeleta con tiempo (se calcula que por lo menos dos semanas antes), luego llenarla y enviarla por correo. Esto en un contexto donde, según los analistas, en el mundo de las redes sociales hay un importante sector de la juventud que no solo nunca utilizó una estampilla, sino que no sabe ni dónde queda un correo. Al mismo

tiempo, otro problema es que entre 15 y 24% de los votantes no deciden por quién emitirán su voto hasta diez días antes de la elección.

Suponiendo que el voto por correo se lleve a cabo, ahí empiezan los problemas en serio. ¿Cuándo comienza y cuándo termina la elección? Esto podría significar que la elección dure más de un mes, con todos los problemas de logística y de gobernabilidad que esto significa. Luego, el voto recibido por correo ¿cuenta cuando llega o cuando fue enviado, según el sello postal? ¿Quién preserva la inviolabilidad de los votos y quién los cuenta? ¿Cómo saber que los votos recibidos fueron efectivamente enviados por un votante empadronado? Harris y Klobuchar sugirieron incluir con la papeleta enviada una fotocopia de una prueba de identidad. Esto es complicado porque no existe un documento de identidad en Estados Unidos, con lo que probablemente sea una licencia de conducir o una factura de tarjeta de crédito, ¿y si no tienes ninguna de ellas? Obvio que esto no es garantía de que no haya un fraude masivo, entre otras cosas porque compromete el secreto del voto, con todo lo que eso implica en estados como Florida, Texas, Ohio o Indiana donde grupos como el Klu Klux Klan y las milicias de derecha son fuertes.

Agreguemos otras cosas. Si la elección es disputada, y hay muchas impugnaciones de votos la decisión

final puede demorarse. Sin embargo, la Constitución norteamericana en su enmienda 22, señala que el mandato presidencial termina el 20 de enero a mediodía del año posterior a la elección general. ¿Y si no hay resultados debido a las disputas por los votos por correo? ¿Se puede quedar Trump? Legalmente, no se puede quedar. Lo que se implementa es el orden de sucesión comenzando con el presidente de la Cámara de Diputados (House Speaker). O sea, la diputada demócrata Nancy Pelosi podría ser presidente. Las consecuencias de ese paso son inimaginables para la legitimidad institucional norteamericana. Fue precisamente para evitar esto que la Corte Suprema, en 2000, falló a favor de George W. Bush, si bien Albert Gore tenía un buen fundamento legal y apoyo social (particularmente de la comunidad afroamericana) para cuestionar el resultado.

Pero el voto por correo es uno de los problemas de esta elección. Según el analista Greg Palast en 2018 el secretario de gobierno del estado de Georgia eliminó 347134 votantes de los padrones alegando que “se habían mudado”. A partir de ese año, en diversos estados, Palast dice que fueron desempadronados 16,7 millones de personas, o sea el 12% de los posibles votantes. Del total, la mayoría fueron “gente de color” en grandes ciudades, que generalmente son bastiones demócratas. Esto sin tomar en cuenta que los votos de

afroamericanos tienen 9 veces más posibilidades de ser impugnados que los de votantes blancos. Todo lo anterior sin hablar del amedrentamiento “normal” que realizan policías estatales a minorías y blancos pobres.

En un contexto donde los candidatos demócratas no parecen entusiasmar mucho que digamos a hispanos y afroamericanos, y donde emitir el voto se vuelve más complejo y también peligroso, el resultado puede ser que vote cada vez menos gente. En ese contexto, donde el votante no acude a las urnas o donde sea impedido de emitir su voto, los diversos analistas consideran que la resultante es probable que favorezca a Trump.

Mientras tanto Trump se ha lanzado a la lucha; esto suponiendo que alguna vez haya dejado de estar en campaña electoral. Su gran desventaja es que ha generado odios por doquier. Pero, al mismo tiempo, ha consolidado una base electoral que le es fiel sin importarle razones. En esto un aspecto notable es que las encuestas luego de las convenciones partidarias que postularon a Trump y a Biden, no tuvieron un bounce perceptible. Esto es el rebote que resulta de lo que son cuatro días de masiva publicidad para el partido que realiza la convención. De hecho, el rebote para Biden osciló en 0,5% y para Trump en 0,8%, cuando lo normal es entre 5 y 7 puntos. ¿Fue esto producto de que fueron “convenciones virtuales”? En realidad, lo más

probable es que en medio de la pandemia y la crisis a la mayoría de los votantes no les interesara lo que tuvieran que decir un grupo de millonarios septuagenarios. Los convencidos ya habían decidido su voto, y estaban reflejados en las encuestas. Los no convencidos (undecideds) evidentemente o no vieron la transmisión o no decidieron su voto en base a lo que vieron.

A principios de septiembre dos encuestas revelaban que la elección podía ser mucho más cercana de lo que pensaban los analistas. La diferencia entre Biden y Trump, según la muy ponderada Rasmussen Reports, era de 1%, mientras que Emerson daba dos puntos de diferencia entre los candidatos. A su vez CNN daba una diferencia de 4%; una vez más un empate técnico. La realidad es que una encuesta es una foto de intenciones, y no un contrato. No solo los que fueron encuestados pueden variar de opinión, sino que también pueden no ir a emitir su voto. De ahí la desesperación de los demócratas por convencer a sus partidarios que deben ir a votar. De hecho, si lo logran el triunfo de Biden debería ser incuestionable, aun con la impugnación del voto por correo. ¿Pero y si no logran? Ni hablar que la elección no se decide por el voto popular sino por el voto del Colegio Electoral. En 2016 las encuestas le daban a Hillary Clinton 6% por encima de Trump. En realidad, Clinton ganó el voto popular sacando 2% más que Trump, pero perdió en el Colegio

Electoral 227 a 304. Por eso Josh Schwerin, estratega de Priorities USA, uno de los principales grupos que apoyan la campaña de Biden declaró: “Los datos recientes están a favor nuestro, pero nuestra expectativa es que la elección va a ser muy ajustada”. Las elecciones norteamericanas son mucho más complicadas y bizantinas de lo que parecen.

